



ISSN 2177-2940
(Online)
ISSN 1415-9945
(Impresso)

Terroristas y Caníbales: dos construcciones históricas de la identificación del enemigo

<http://dx.doi.org/10.4025.dialogos.v22i2.40335>

Alfredo Nava Sánchez

Universidade Federal de Santa Maria, UFSM, Brasil. E-mail: alfredonavasanchez@gmail.com

<p>Palabras clave: Construcción del enemigo, discurso, terroristas, caníbales, identificaciones.</p>	<p>Resumen: Este texto tiene como intención estudiar los caminos por los que dos perspectivas de mundo –la de Cristóbal Colón y la de George Bush– construyeron e identificaron a sus enemigos para ofrecerlos como objetivos legítimos de la guerra. En ambos casos, la visibilidad de esos enemigos dependió de un proceso político y social concreto, pero de manera particular de un proceso discursivo que los definió como una pertinencia, según sus respectivos espacios. Las características que les fueron adjudicadas para mostrar su homogeneidad y coherencia, sólo pueden explicarse por el trabajo de quien, con el poder social de “materializar” el discurso, buscó moldearlas y resaltarlas para combatir las.</p>
<p>Key words: Construction of the enemy, speech, terrorists, cannibals, identifications.</p>	<p>Terrorists and Cannibals: two historical constructions off the identification of the enemy Abstract: This text study the ways in which two perspectives of the world –that of Christopher Columbus and that of George Bush– built and identified their enemies to offer them as legitimate objectives of the war. In both cases, the visibility of these enemies depended on a specific political and social process, but in a particular way on a discursive process. The characteristics that were assigned to them to show their homogeneity and coherence, can only be explained by the work of those who, with the social power to "materialize" the discourse, sought to mold and highlight them to combat them.</p>
<p>Palavras chave : Construção do inimigo, discurso, terroristas, canibais, identificações.</p>	<p>Terroristas e Canibais: duas construções históricas da identificação do inimigo Resumo: Este texto pretende estudar as maneiras pelas quais duas perspectivas do mundo –a de Cristóvão Colombo e a de George Bush– construíram e identificaram seus inimigos para oferecê-los como objetivos legítimos da guerra. Em ambos os casos, a visibilidade desses inimigos dependia de um processo político e social específico, mas sobretudo de um processo discursivo. As características que lhes foram atribuídas para mostrar sua homogeneidade e coerência, só podem ser explicadas pelo trabalho daqueles que, com o poder social para "materializar" o discurso, procuraram moldá-los e destacá-los para combatê-los</p>
<p>Artigo recebido em: 03/11/2017 Aprovado em: 11/04/2018.</p>	

Introducción

A partir de momentos históricos distintos, el propósito de este texto es analizar las formas en las que dos perspectivas con el poder de nombrar crearon y dieron forma a su enemigo, el camino por el que lo hicieron tangible, le dieron cuerpo y vida para presentarlo como objeto propicio y, sobre todo, justificable de la guerra. Se parte de la idea de que en ambos casos la visibilidad de este enemigo dependió de un proceso político y social concreto al mismo tiempo que de una descripción de sus señas de identidad. En otras palabras, que las características que le fueron adjudicadas y con las que se pretendió mostrar su homogeneidad y coherencia sólo pueden explicarse por el trabajo constante de quien, con el poder social de materializar el discurso, buscaba moldearlas y resaltarlas para combatirlas. La efectividad de lo que podría definirse como una construcción del enemigo radica no sólo en su cimentación retórica o en su manifestación discursiva, sino también en las condiciones objetivas que lo “materializan” mediante prácticas –cotidianas o políticas– que lo hacen posible y verosímil. (BOURDIEU, 2008, p.67)

Esta perspectiva constructivista guía el análisis de los textos empleados. Según ella, tanto terroristas como caníbales no serían entidades o “realidades” independientes de los discursos que los configuran como una

identificación particular. Antes que evidencias “brutas” de la realidad, unos y otros serían producto de los discursos que emergen del entramado de relaciones sociales y políticas de un momento determinado. (HÜLSSE y SPENCER, 2008, p.576) Esto no significa negar la evidencia histórica del canibalismo, del terrorismo y sus consecuencias. Se trata más bien de estudiarlos como fenómenos que se configuran y pueden ser aprehendidos a partir de lo que se ha comunicado sobre ellos. Lo que se busca analizar es el devenir de esos grupos como enemigos, y no esos grupos en sí mismos. Nuestro tema entonces no tiene que ver con lo que “son”, sino con el camino por el que “llegaron a ser”. (HÜLSSE y SPENCER, 2008, p.572)

Desde una postura de los estudios políticos y de las relaciones internacionales, esta línea constructivista ha sido empleada en trabajos anteriores para entender los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, al grupo que emergió con más fuerza de ellos, Al-Qaeda, y los atentados siguientes que tuvieron lugar en Europa. (BUZAN, 2002; LYNCH, 2006; HÜLSSE y SPENCER, 2008; STUMP, 2009; SPENCER, 2012.) Entre estos estudios resulta interesante que uno de ellos – el de Marc Lynch– afirme que desde algunos años la propia Al-Qaeda ha asumido esa misma línea para desenvolverse como grupo terrorista. Mientras que los de Rainer Hülse y Alexander Spencer, agregan a su análisis el

criterio de las metáforas empleadas en la formulación de los discursos como una forma de precisar mejor sus significados, orientaciones e implicaciones en ciertas prácticas políticas adoptadas por los gobiernos. Al igual que el presente texto, algunos utilizan como material de su examen periódicos y declaraciones de políticos para enmarcar los producción discursiva. (HÜLSSE y SPENCER, 2008; SPENCER, 2012) Esto es importante porque otra discusión planteada en estos artículos trata sobre los lugares desde donde se producen esos discursos y sus posibilidades de efectividad. Evidentemente, el escenario de la política y los medios de comunicación permiten, por lo menos, una circulación más amplia, aunque no se niega la influencia de otras escalas y espacios sociales.

A diferencia de lo que pasa en el terreno antes mencionado, en donde el constructivismo es una perspectiva de análisis consolidada (WENT, 1992; BUZAN, 2002), en el caso de la historia e identificación de los caníbales este acercamiento es menos evidente, sobre todo si se piensa en un estudio dedicado exclusivamente a pensar esa identificación como una construcción. Han sido “los indios”, los “mestizos” o los “negros” el centro de la mayoría de las reflexiones cuando se piensa en las clasificaciones durante el periodo de conquista de las Indias Occidentales. No obstante, pensado en una perspectiva constructivista, estudios más o

menos recientes la han rescatado para estudiar documentos de los siglos XV y XVI, vinculados con este proceso. (MENDIOLA, 1995; MENDIOLA, 2003; RABASA, 2009) Estos trabajos buscan entender esos textos y los discursos que implican según los criterios de su producción en la época, con un énfasis particular en el lugar que en ello tenía la retórica y su vínculo con la moral. Con todo, su planteamiento no consiste explícitamente en estudiar la identificación de los caníbales.

El material de estudio propuesto es una comparación histórica de un par de casos que en apariencia poco tendrían que ver. El primero se inscribe en los ataques del 11 de septiembre de 2001 ejecutados en Estados Unidos por terroristas musulmanes en contra de edificios públicos símbolos del imperio capitalista. Como se sabe, la mañana de ese día cuatro aviones fueron secuestrados para ser dirigidos en contra de edificios emblemáticos del gobierno estadounidense. Dos impactaron en las torres del World Trade Center de Nueva York, otro contra el Pentágono –sede del Departamento de Defensa de los Estados Unidos– y el cuarto en un campo en Shanksville, Pensilvania, después de que los pasajeros intentaran arrebatar el control del avión. Este caso se analiza a partir de los discursos emitidos por George Bush horas y días después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, así como de artículos publicados en este mismo lapso temporal en

los periódicos *New York Times*, *Washington Times* y *El País* de España.

El segundo caso se sitúa a fines del siglo XV y versa sobre la aparición de los caníbales en las primeras narraciones sobre el proceso de dominación de la monarquía hispánica de lo que hoy conocemos como las Antillas. Uno de los elementos centrales en este caso es la distinción que en los escritos existe entre indios y caníbales. Los primeros serían identificados como personas adecuadas para la conversión al cristianismo y, sobre todo, necesitadas de la protección de los conquistadores. Mientras que los segundos fueron definidos como rebeldes, violentos y crueles por devorar a sus enemigos. A estos habría que combatirlos y, si persistían en su posición violenta, eliminarlos. Para tratar esta materia se estudian -desde la perspectiva constructivista antes referida- los informes de exploración de Cristóbal Colón y Michel de Cuneo, además de referencias provenientes de las *Décadas del Nuevo Mundo* de Pedro Mártir de Anglería, ya que este texto representa una síntesis de distintos informes provenientes de las Indias durante los primeros años de exploración en las Antillas.

No obstante estos dos casos sean la materia de trabajo de este análisis, su objetivo no es hacer una reflexión sobre la especificidad de los acontecimientos, posibles conexiones entre ellos o las circunstancias particulares y las relaciones políticas, sociales o económicas

que los propiciaron. El propósito es otro. De manera esencial, llamar la atención sobre la arbitrariedad del proceso que declara la necesidad de combatir a un grupo de personas o de individuos según una diferencia y una negatividad inherente a ellos. A partir de esto, el objeto son los momentos de la configuración de un grupo y las formas de legitimar su presencia como una amenaza. (BOURDIEU, 2001, pp.93-95) En este plano pueden plantearse algunas coincidencias. Ambos representan mecanismos que buscaban delimitar y definir las características de un conjunto de personas con la intención de colocarlo en la mira de los tanques y los arcabuces. En cada caso, según sus correspondientes límites temporales y espaciales, los argumentos esgrimidos para subrayar esas características formaban parte del material cultural disponible y comprensible entre los potenciales receptores de esas representaciones. Incluso pueden proponerse otras coincidencias. Por ejemplo, una base profundamente religiosa y moral que estableció los términos en los que se formuló e instauró la imagen del enemigo, y gracias a la cual se reconocía una dicotomía que contraponía el Bien contra el Mal. Esto fue fundamental para que en ambos casos se propusiera una respuesta violenta y al mismo tiempo legítima en contra de esas identificaciones. (BELLAMY, 2009, pp.21-40)

Con todo, se tiene consciencia de la amplia distancia entre ambos y que las coincidencias entre uno y otro son arbitrarias y representan una herramienta metodológica para delimitar un objeto de estudio. Aunque George W. Bush podría cumplir fácilmente el estereotipo del hombre con “ideología medieval”, lo cierto es que él y personajes como Cristóbal Colón, Michel da Cuneo o los colonos de la isla Española poco o casi nada tienen en común. Sobre todo en términos de los valores sociales imperantes en sus respectivas épocas, de sus interlocutores posibles y de los medios que emplearon para concretar sus identificaciones.

La conexión entre un acontecimiento y otro aparece en la perspectiva necesariamente anacrónica del historiador. De hecho, es esta que permite reconfiguraciones constantes del pasado, delimitarlo a partir de otras coordenadas, formular nuevos objetos y establecer otras conexiones. (DIDI-HUBERMAN, 2011, pp.32-36) No hay duda alguna que los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York tuvieron una repercusión notable en muchos aspectos de la vida de los países de Occidente, uno de los que retoma este trabajo tiene que ver con subrayar la importancia de las identificaciones sociales y su influencia en las relaciones políticas,

sociales y culturales. (O'BRIEN, 2011, p.5) Hacer notar que no se trata de figuras esenciales o necesarias, sino de sucesos sociales e históricos.

Los atentados de la mañana del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York llamaron pronto la atención de varios medios de comunicación internacionales, que, al tiempo que intentaban comprender la trascendencia de lo que estaba sucediendo, se preguntaban por los responsables de los ataques.¹ Durante los días posteriores, esta incertidumbre no sólo se expresó en la opinión pública mundial, sino también en el gobierno de los Estados Unidos, cuyo presidente, George Bush, declaró que lo sucesos representaban “ataques de guerra” de “un enemigo diferente” que definió como terrorismo. (EL PAÍS, 2001) En sus discursos siguientes, el mismo Bush iría revelando poco a poco la figura y las características de los que identificaría como los culpables de la muerte de cientos de estadounidenses. Parte del material de estudio son estos discursos, varios de los cuales aparecen en notas periodísticas o de forma íntegra en distintas páginas de Internet. La intención es ver cómo en éstos se configuró un figura negativa que se materializó en la caracterización de Al Qaeda y su líder, Osama Bin Laden, como representantes del “Mal”. Una definición, por otro parte, ambigua

¹ En México, por ejemplo, al día siguiente el periódico *La jornada* publicó en plana completa una foto en donde se veía el derrumbe de una de las fuentes y la pregunta “¿Quién?”, Imagen en línea disponible en <http://www.jornada.unam.mx/2001/09/12>, 4 de enero de 2012.

y abstracta que permitió después al propio Bush utilizarla también contra el gobierno de Sadam Huisen en Iraq. (O'BRIEN, 2011, pp.8-12) De manera paralela, y como parte de este mismo proceso de identificación, se estudia material periodístico, principalmente del periódico *The New York Times*, para entender la manera en que, a partir del 11 de septiembre de 2001, comenzó a circular información no solo proveniente del gobierno estadounidense que apuntaba a la figura de Osama Bin Laden y Al Qaeda como los responsables de los atentados terroristas de este día. Este es el punto de referencia para llevar el análisis a otro proceso todavía más añejo, el que ocurre a fines del siglo xv y que dio origen a los caníbales, los enemigos más “peligrosos” y “sanguinarios” de los primeros exploradores europeos de las Indias Occidentales.

En aquella época, escritos como los de Cristóbal Colón y Michael Cuneo sostenían que los caníbales eran un pueblo en esencia guerrero y sanguinario, y que como tal tenía la costumbre muy peculiar de, una vez vencidos sus enemigos, comérselos como si se tratara de cualquier otro alimento. Aunque esta no fue la única característica que aquellos les adjudicaron fue la que más llamó su atención (LESTRINGANT, 1997), pues se trataba de una práctica que los caníbales utilizarían no como medida extrema ante la inanición –como

sucedió con algunos exploradores europeos que, ignorantes de la tierra y sus frutos, decidieron recurrir en casos límite a la carne de sus compañeros muertos–,² sino como una costumbre, es decir como algo que para ellos no tenía ningún tipo de extrañeza o elemento negativo. Lo más extraordinario para muchos de estos exploradores europeos no era tanto la presencia de tan “abominable” acto, –pues, como se mencionó, algunos de ellos habrían recurrido también a él–, como que lo consideraran una regla. Con todo, además de comedores de humanos, los caníbales eran descritos como la gente más hábil en las islas para cuestiones bélicas, sobre todo si se les comparaba con el resto que eran definidos como cobardes, débiles e ignorantes de todo lo relacionado con la guerra. Incluso, en algún momento, Colón describió a los caníbales como gente de razón, ya que sabían utilizar armas y lograban atemorizar a su vecinos. El genovés y otros llevaron a tal extremo la distinción que plantearon que en las tierras halladas existían dos pueblos distinguibles, los caníbales y los indios.

Asimismo otro factor que resulta importante para los propósitos de este trabajo es que la representación de los caníbales se consolidó en los textos de los exploradores y en otras fuentes de la colonización europea del Caribe en el momento en que Cristóbal Colón

2 El ejemplo más conocido es el de los integrantes de la empresa dirigida por Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, que ante la falta de comida en una tierra desconocida tuvieron que recurrir a la antropofagia.

pasaba por serios problemas para justificar su viaje en términos de los beneficios económicos y comerciales que había prometido a los reyes Isabel y Fernando. De manera un tanto sorprendente, los caníbales comenzaron a aumentar cuando el Almirante decidió que podía sustituir la falta de oro con la esclavización de los isleños. En un primer momento éste los había situado en una isla específica, pero en escritos posteriores, resultó que rápidamente se habían extendido a otras. ¿Qué sucedió? ¿y cómo se explica tal multiplicación? La respuesta a estas preguntas³ puede estar en las rebeliones que se originaron entre los habitantes de las islas en el momento en que el Almirante se planteó convertirlos en esclavos y traficar con ellos o repartirlos entre los miembros de su expedición, quienes, por cierto, comenzaban a reclamar beneficios mucho más concretos de la empresa organizada por Colón. Un ejemplo de esto último fue el conflicto que el almirante sostuvo con Francisco Roldan, que trató de resolver ofreciéndole indios en reparto que trabajaran para él. Es muy probable que Colón y otros hubieran identificado a los rebeldes como caníbales para justificar su persecución y, en última instancia, su destrucción. Al igual que George Bush y el gobierno estadounidense en el siglo xxi, los colonizadores del Caribe en el xv y xvi también necesitaban legitimar la

guerra y, por tanto, la imagen de un enemigo que la mereciera. En resumen, de manera similar que en el caso anterior, el objetivo es entender de qué manera se configuró una representación del enemigo que legitimó, en el asunto específico de los caníbales, acciones como la persecución, el cautiverio e incluso su comercio.

La identificación de Osama Bin Laden y Al Qaeda

A las 9 de la mañana del 11 de septiembre de 2001, George Bush, presidente de los Estados Unidos, se encontraba en la escuela primaria Emma Booker, en un barrio de clase baja de Saraosta, Florida. Había llegado aquí con la intención de impulsar una iniciativa del gobierno sobre la promoción de la lectura en las escuelas del país. Antes de dar una conferencia de prensa acerca de tal iniciativa, Bush quiso ilustrar de manera más concreta el objetivo de esta campaña gubernamental, por lo que se sentó a escuchar la lectura de algunos de los alumnos. Minutos después, ocurriría la escena que muchos hemos visto en uno de los videos grabados en la mencionada escuela primaria aquel día. Andrew Card, en ese entonces jefe de personal de la Casa Blanca, se acercó al presidente para susurrarle al oído que minutos antes un avión

3 Preguntas que no son del todo originales pues antes las formularon otros historiadores, por ejemplo Carl Ortwin Sauer.

de pasajeros se había estrellado en uno de los edificios del World Trade Center de Nueva York. Hasta ese momento todo parecía señalar que se trataba de un accidente, extraordinario, cierto, pero accidente al fin. Sin embargo, pocos minutos después, el mismo Card volvió a acercarse a Bush, esta vez para anunciarle que los Estados Unidos estaban siendo atacados (SAMMON, 2002).

Después de consultar con algunos de los miembros de su gabinete lo acontecido, George Bush ofreció un breve anuncio para comunicar que el país estaba viviendo una desgracia nacional, que regresaría a Washington para tratar desde ahí el asunto y que, hasta donde sabía, los aviones colisionados contra el World Trade Center habían sido secuestrados por un grupo terrorista. A pesar de esto, las palabras del presidente no terminaban por aclarar de forma contundente la identidad de dicho grupo.

Mientras Bush volaba de Florida a Washington, el vuelo número 77 de American Airlines se impactó contra el Pentágono, el 93 de United Airlines cayó en un campo abierto cerca de Pensilvania, los dos edificios principales del World Trade Center se derrumbaron y otros igual de importantes en los Estados Unidos, como el de Naciones Unidas, la Casa Blanca y el Congreso, fueron evacuados. Alrededor de la una de la tarde, el presidente estadounidense emitió un nuevo comunicado, esta vez desde la base aérea de

Barksdale, en Washington. Ahí declaró que a partir de ese momento el país se encontraba en alerta máxima, que “el coraje de la nación estaba siendo puesto a prueba” y que con todo los Estados Unidos mostrarían al mundo que podían salir adelante de la misma. Subrayó, también, que los ejecutores de los “cobardes asesinatos” serían castigados, que se estaban tomando todas las medidas necesarias para hacerlo, así como las correspondientes para proteger al país y a sus ciudadanos. Terminó pidiendo a los estadounidenses una oración por la víctimas y sus familiares (BUSH, 2001a). Después del segundo discurso público de Bush, el enemigo todavía era un tanto opaco, aunque gracias a la declaración de Florida en esa opacidad se pudieran distinguir unos cuantos rasgos que dejaban ver bastante.

Horas después Bush los ratificaría. A las ocho y media de la noche dirigió un nuevo mensaje al país. Desde la Casa Blanca, dijo que ese día la libertad, el estilo de vida y, por supuesto, los ciudadanos de Estados Unidos habían sido agredidos por una serie de ataques organizados por un grupo terrorista. “Miles de vidas fueron súbitamente aniquiladas por el mal, despreciables actos de terror” (BUSH, 2001b), terminaba el primer párrafo del discurso que leyó aquella noche. En lo siguiente confirmó que para ese momento se habían puesto ya en funcionamiento todos los mecanismos necesarios para garantizar la seguridad de los habitantes y para localizar a

los responsables. Agradeció a los miembros del Congreso su asistencia en la condena de los ataques, y a los ciudadanos su comportamiento ante la desgracia. Del mismo modo reconoció el apoyo recibido de varios mandatarios de diversos países, así como el envío de sus condolencias a los familiares de las víctimas.

Lo más importante de las palabras de Bush radica en las referencias hechas sobre los culpables de los ataques. Aparte de las alusiones hechas en las primeras líneas de su discurso, Bush confirmó en otras que habían sido terroristas los que habían buscado “apagar la luz” con la que mediante sus ideales de libertad y esperanza los Estados Unidos iluminaban al mundo (BUSH, 2001b). En la misma línea, muy cercana a la de la prédica, decía que los terroristas tal vez podían sacudir los cimientos de sus rascacielos, pero jamás lo harían con los que habían dado lugar a la “fundación” de los Estados Unidos. Más adelante, precisando las disposiciones puestas en marcha para detener a los culpables y “hacer justicia”, lanzó la amenaza de que su gobierno no distinguiría a los terroristas que habían cometido los ataques de los que los apoyaban. Y finalmente, antes de terminar con una referencia al salmo 23 y con el “God bless America” que se harían recurrentes en sus discursos, sostuvo que los Estados Unidos y sus aliados estaban juntos y dispuestos a ganar la guerra en contra del terrorismo (BUSH, 2001b). Como lo había hecho en las dos

comunicaciones previas, los únicas señas que Bush proporcionó aquella noche para identificar al enemigo eran las del terrorismo. Como se mencionó arriba, esos pocos rasgos podían presentar una imagen un tanto opaca de dicho enemigo, pero a pesar de ello ofrecían una algunos rasgos que anticipaban su identificación. A partir de esto podríamos preguntarnos si los estadounidenses durmieron aquel día con alguna noción de lo que había sucedido y a merced de quiénes estaba su seguridad.

Al contrario de lo que algunos estudios sostienen acerca de que durante las horas e, incluso, los días posteriores al 11 de septiembre hubo un periodo de oscuridad respecto al enemigo contra el que se enfrentaba el gobierno de Bush (ÁVILA, 2006), es necesario decir que, aunque pocos, los rasgos mencionados hasta este momento sobre los presuntos responsables de los ataques a las “Torres gemelas” no habían dejado en la completa oscuridad a los estadounidenses. Si Bush se había referido al terrorismo era porque en los últimos años los Estados Unidos habían sufrido agresiones de este tipo de grupos. En otras palabras, se apoyaba en el pasado reciente para hacer inteligible lo que había sucedido. Es cierto que una acometida en contra de los Estados Unidos de las dimensiones de las del 11 de septiembre no se había registrado nunca, sobre todo porque había ocurrido en su propio territorio y en un

núcleo urbano importante como Nueva York. También es verdad que las tácticas empleadas por los agresores eran novedosas, aunque si nos remitimos a la experiencia histórica, por ejemplo, a los kamikaze japoneses durante la Segunda Guerra Mundial y después a los secuestros de aviones de pasajeros por grupos terroristas, la posibilidad de lo sucedido aquel día tampoco resultaba del todo descabellada. Lo mismo podría afirmarse sobre las señas proporcionadas por Bush horas después de los ataques. El terrorismo como enemigo bélico no era una figura nueva en el imaginario del gobierno y de los habitantes de los Estados Unidos. Se tiene noticias que el FBI había identificado amenazas terroristas por los menos desde 1970. (GREENBER, 2011, p.35; SPENCER, 2012, pp.9-11) Lo que sí ocurrió a partir de este momento es que su presencia se tornó más evidente y, sobre todo, mucho más peligrosa.

En su edición del 12 de septiembre de 2001, *The New York Times* proporcionó contenido histórico a las palabras de George Bush del día anterior sobre los posibles responsables de los miles de asesinatos en las torres de Manhattan. En aquella fecha, Joseph Khan tituló su artículo “A day of terror: the background. A Trend Toward Attacks That Emphasize Deaths” (KAHN, 2001). En las primeras líneas de su texto, Khan subrayaba que si bien en los últimos veinticinco años la cuestión del terrorismo había puesto en alerta a

varias naciones, los estadounidenses habían sido, tanto fuera como dentro del país, los blancos principales de este tipo de organizaciones. De hecho las víctimas de los atentados terroristas más sangrientos habían sido civiles norteamericanos. En 1988, el vuelo 103 de la aerolínea Pan Am explotó sobre un poblado de Escocia mientras se dirigía a Londres, lugar desde donde partiría a Nueva York, ocasionando la muerte de más de 260 personas. En 1995, Timothy McVeigh, veterano de la Guerra del Golfo, hizo estallar una bomba en un edificio del gobierno federal que dejó 168 muertos y alrededor de 500 heridos. En 1998, dos bombas detonaron en las embajadas estadounidenses de Kenia y Tanzania. Esta vez las dos explosiones provocaron la muerte de cerca de 80 muertos y casi mil lesionados. Para Khan, estos acontecimientos mostraban que el terrorismo no era un enemigo al que los norteamericanos se hubieran enfrentado apenas el día anterior, en los últimos diez años ya le había cobrado a los Estados Unidos algunos cientos de víctimas.

También recordaba que, por lo menos desde la década de los setenta, el gobierno norteamericano, el de Israel y varios de Europa habían comenzado a seguir de cerca las actividades que distintas organizaciones árabes llevaban a cabo en contra de Israel. En este momento el objetivo estaba puesto en identificar los vínculos de éstas con los países

socialistas. No obstante, según el articulista del periódico neoyorquino, la vigilancia de los Estados Unidos sobre grupos terroristas árabes se intensificó a partir de los años noventa, ya que durante este periodo los ataques más violentos y mortales habían sido obra del empresario saudí Osama Bin Laden y de sus aliados. De modo que lo declarado por Bush en los días posteriores sería la confirmación de sospechas forjadas años antes.

Khan terminaba su artículo aludiendo a las declaraciones de un experto sobre terrorismo, quien afirmaba que en los últimos años la intención de los terroristas había sido desestabilizar al “sistema” desde sus entrañas y, agregaba, que la mayoría de ellos, a diferencia de los grupos de los ochenta, cuya motivación era nacionalista, justificaban sus actos apoyándose en argumentos ideológicos o religiosos. De esta manera, si el día anterior George Bush no había sido del todo prolijo en los rasgos del enemigo, *The New York Times* contribuyó entonces a delinearlos mejor. El gobierno no fue el único encargado de moldear la figura del adversario, también los medios de comunicación jugaron un papel importante. Aunque no pudieron disputar el protagonismo del presidente de los Estados Unidos.

El artículo de Joseph Khan es un ejemplo de que el nombre de Osama Bin Laden estaba ya en el ambiente de los medios de comunicación antes de que Bush lo mencionara de manera oficial. No obstante,

todavía la mañana del 12 de septiembre, el presidente estadounidense no terminó por concretar lo que estaba en el aire. Entonces se limitó a proporcionar más atributos del enemigo pero en una línea todavía imprecisa. (El nombre y el rostro, a pesar de la opinión pública, todavía no aparecían.) En aquella ocasión se limitó a precisar que el enemigo al que ahora se enfrentaban era distinto a los anteriores, era más escurridizo y sanguinario, tanto que no tenía consideración por las personas inocentes y libres del mundo. De nuevo, el presidente prometía venganza y todos los recursos del gobierno para hacer justicia y castigar a ese tipo de personajes. A partir de este momento, el FBI tuvo una libertad de acción que nunca antes le había sido otorgada en contra de sospechosos, incluso sin representar éstos una amenaza violenta explícita. (GREENBER, 2011, p.35)

Los contornos del enemigo habían sido descritos por Bush. En las palabras del tejano, el terrorismo era hasta ese momento sólo un concepto que refería la esencia de todo lo execrable e inhumano. Al respecto, Alexander Spencer resalta la capacidad que está identificación tuvo para motivar medidas bélicas que difícilmente fueron cuestionadas. (SPENCER, 2012, p.13-17) No obstante, resulta difícil comprender el mal en abstracto, por lo que era cada vez más urgente para el gobierno de los Estados Unidos dar cuerpo a lo que hasta ese momento era sólo un nombre.

Todavía más cuando había algunos que ya se estaban encargando de esa tarea. En los días por venir el nombre de Bin Laden se iría consolidando en las páginas de los diarios y en las investigaciones del FBI como el ideólogo de los ataques. Éstas habían logrado identificar vínculos entre el empresario saudí y los cincuenta y dos terroristas que habrían participado en los atentados. Sólo restaba que George Bush hiciera oficial lo que para ese momento ya estaba en boca de todos. Eso ocurrió el 20 de septiembre. En esta fecha ofreció uno de los discursos más importantes, no sólo por las circunstancias particulares en que lo pronunció –en el Capitolio, frente al Congreso, el Senado, y el Primer Ministro de la Gran Bretaña–, sino sobre todo porque en él comunicó de manera oficial las señas de identidad de los culpables de los atentados que habían causado la muerte a miles de ciudadanos estadounidenses.

En aquella ocasión, además de exaltar la unión, la fortaleza y el valor de los estadounidenses –un recurso de exaltación de la identificación nacional estadounidense que acompañaba necesariamente la figura del mal al que se quiera combatir (SPENCER, 2012, p.14)–, así como de reconocer el apoyo de diversas naciones, el presidente del entonces país más poderoso del mundo declaró que se había identificado a los culpables de ataques tan insólitos en la historia de los Estados Unidos, decía: “Todo esto nos llegó en un solo

día y la noche cayó sobre un mundo diferente, un mundo en el que la libertad misma está bajo amenaza”. Y después de hacer ver lo grave del caso, se planteaba en términos retóricos la siguiente pregunta : “¿Quién atacó a nuestro país? a la que respondía: “Las pruebas que hemos reunido apuntan todas a una colección de organizaciones terroristas conocida como Al Qaeda.” (BUSH, 2001c). Una vez pronunciado el nombre, el tejano se concentró en hacer concreto y visible al enemigo, en darle forma y contenido, en darle cuerpo y vida.

Para ello uno de los datos más importantes que proporcionó fue el espacio concreto en donde se localizaba, Afganistán. Era aquí en donde Al Qaeda y Bin Laden tenían una gran influencia sobre el gobierno Talibán, que en aquel momento controlaba la mayor parte del país. Tanta era esa influencia que habían logrado imponer su ideología y sus prácticas, sin duda contrarias a la moral y ética del mundo occidental:

En Afganistán vemos la visión que Al Qaeda tiene para el mundo. El pueblo de Afganistán ha sido tratado brutalmente, muchos están muriendo de hambre y muchos han huido. A las mujeres no se les permite ir a la escuela. Uno puede ser encarcelado por tener un televisor. La religión sólo puede ser practicada como dictan sus dirigentes. Un hombre puede ser encarcelado en Afganistán si su barba no es suficientemente larga.(BUSH, 2001c).

Sin embargo, para el presidente de los Estados Unidos estaba claro que éste no era el único país en donde dicha organización tenía

presencia, pues decía que había “miles de terroristas en más de 60”, que eran reclutados en sus naciones de origen y en las vecinas, de donde eran trasladados a Afganistán para ser entrenados “en las tácticas del terror.” Después de lo cual eran regresados a sus hogares o a otros lugares del mundo en donde se ocultaban para planear “maldad y destrucción.” Un grupo sin “sentido común” y fuera de los límites más básicos de la “moral humana” atemorizaba con extender su poder.

Una vez revelado esto Bush no tuvo problema para hacer ver y hacer creer que la amenaza de Al Qaeda iba más allá de Afganistán y de los ataques a Nueva York, que su plan de dominio no se reducía a un lugar en particular, pues lo que hacían en el país asiático deseaban imponerlo en el mundo entero. El peligro era mundial. Lo sufrido por los Estados Unidos podía acontecer en cualquier parte del mundo, por lo que los norteamericanos debían ser apoyados sin condición por todos los que se consideraran sus aliados. Subrayaba Bush: “los que no están con nosotros son nuestros enemigos”. Y continuaba describiendo a Al Qaeda: “su meta no es hacer dinero, su meta es volver a crear el mundo e imponer sus creencias radicales sobre la gente en todas partes.” (BUSH, 2001c).

Por si todas estas señas de identidad de los terroristas fueran pocas para hacer notar el peligro que implicaba su existencia, el presidente estadounidense refirió otras que

resultaban inhumanas y que nadie en el mundo podría aceptar, a no ser criminales sanguinarios o gente “malvada”. Por ejemplo, mencionaba que los terroristas esparcidos por el mundo tenían la orden expresa de la dirigencia de Al Qaeda de “matar a cristianos y judíos, matar a todos los estadounidenses y no hacer distinción entre militares y civiles, incluyendo mujeres y niños.” Y esa idea no se detenía en quitar la vida a personas por “el puro placer de hacerlo”, con ello buscaban desaparecer la forma de vida de los estadounidenses, porque sabían muy bien que su base era la libertad y los terroristas odiaban todo lo que tiene que ver con ella:

Ellos odian lo que ven aquí en esta Cámara: un Gobierno democráticamente elegido. Sus líderes son nombrados por ellos mismos. Ellos nos odian por nuestras libertades: nuestra libertad de religión, nuestra libertad de expresión, nuestra libertad de votar y congregarnos y de estar en desacuerdo entre nosotros. (BUSH, 2001c).

Bush consideraba que Al Qaeda y Osama Bin Laden debían ser identificados como continuadores de las “ideologías asesinas” a las que antes se habían enfrentado los Estados Unidos: “el fascismo, el nazismo y el totalitarismo”. Con ello recordaba la gravedad de los genocidios producidos en los conflictos bélicos del siglo XX y preparaba el escenario de la legitimidad de una guerra sin cuartel contra el terrorismo.

Otro momento importante del discurso de Bush fue su insistencia para no establecer

ningún vínculo entre la organización terrorista y la comunidad árabe y musulmana del mundo:

Quiero hablar esta noche también directamente a los musulmanes de todo el mundo. Respetamos vuestra fe. Es practicada libremente por muchos millones de estadounidenses y millones de personas más en países que Estados Unidos cuenta como amigos. Sus enseñanzas son buenas y pacíficas y todos los que cometen actos de maldad en nombre de Alá blasfeman el nombre de Alá. (BUSH, 2001c).

Insistía en que los terroristas que se enmascaraban en el Islam eran traidores a esta religión y que los enemigos de los Estados Unidos no eran los musulmanes ni los árabes, sino “una red radical de terroristas y cada Gobierno que la respalda”. No obstante un conjunto de voces que clamaban por orientar la responsabilidad de lo acontecido al gobierno de Bush y en pro de detener el ambiente discriminatorio en contra de los musulmanes (O'BRIEN, 2011, p.12), en este punto habría que apartarse un momento del discurso del presidente norteamericano para recordar el tamaño de fracaso que significó su llamado para no demonizarlos, dado la ola de discriminación y violencia en contra de árabes y musulmanes a partir de los ataques de 2001. Además de los discursos políticos, a esto contribuyeron otros medios de construcción del enemigo. Para este momento, periódicos y televisoras habían alentado la relación de los musulmanes con el terrorismo. No puede olvidarse la rapidez con que los medios de

comunicación lograron imponer la imagen de Osama Bin Laden en todas partes, imagen que sintetizaba la representación estereotípica del árabe y la de enemigo número uno de la “libertad”, según la definición de Bush y los diferentes medios de comunicación pro-estadounidenses. Esto y las detenciones numerosas de musulmanes y árabes por parte de las policías de Europa y Estados Unidos fueron otras vías, más allá de la dimensión discursiva, de consolidar y materializar al enemigo.

Antes de terminar el presente apartado, vale la pena mencionar algo que evidentemente no estaba en el discurso de Bush pero que diferentes analistas políticos y académicos han sostenido con argumentos sólidos. Se trata de la idea de que detrás de la invasión norteamericana a Afganistán, y antes a Irak, había un interés económico concreto centrado en los yacimientos petroleros de la región. Desde ese punto de vista, tantos discursos y razias policíacas en contra de musulmanes lo que en el fondo legitimaron fue la invasión de un país para expoliarlo y no la salvación del mundo para liberarlo de la amenaza diabólica de Al Qaeda. Aunque siempre queda la posibilidad de cuestionar lo que, creemos, son nuestros conocimientos más consolidados. Tal vez la libertad, el Bien y el deseo de Dios tengan un significado distinto al que pensábamos, tal vez no hemos entendido que todos ellos solo pueden tener sentido en un

mundo neoliberal fuerte y consolidado. Por lo menos eso haría pensar el discurso de Bush del 20 de septiembre, en donde una y otra vez insistió en que la guerra que estaba apunto de declarar era para liberar al pueblo afgano, pero que sobre todo era un lucha en nombre de la Libertad contra el Mal. Que se trataba, en otras palabras, de una guerra en donde se enfrentaba la libertad y el temor, la justicia y la crueldad, y en donde el resultado de este combate se conocía de antemano, porque –decía Bush–, estas ideas “siempre han estado en guerra y sabemos que Dios no es neutral.”

La identificación de los caníbales

Cuando Cristóbal Colón salió del puerto de Palos en busca de las Indias no imaginó encontrarse con gente que se comiera a otra gente. Cuando llegó a lo que llamaría San Salvador y se enteró de que un pueblo así existía, se mostró al principio un tanto escéptico. Las primeras noticias que le fueron transmitidas referían sobre todo un grupo cuyo nombre no era del todo preciso pero cuya característica principal era comer carne humana y que se ubicaba en un lugar diferente al que había llegado en su primer viaje. Más adelante, mientras exploraba las islas aledañas a la mencionada San Salvador, los nativos le proporcionaron más información referente a

los que el mismo Colón empezó a identificar como “caniba”, interpretando libremente, lo que oía de los nativos. Algo que le sirvió para deducir que aquéllos no debían de ser otros que la gente del Gran Can, que con probabilidad habitaba cerca de aquellas islas:

Porque todas estas islas biven con gran miedo de los de Caniba, ‘y así torno a dezir como otras vezes dixen... que Caniba no es otra cosa sino la gente del Gran Can, que debe ser aquí muy vezino; y terná navios y vernán a cautivarlos, y como no buelven, creen que se los [han] comido’. (COLÓN,1982, p.78)

Además de esta identificación con la corte que Marco Polo habría localizado en sus viajes, Colón habría interpretado, a partir de las mismas coordenadas del viaje del marino veneciano, que los caníbales eran en realidad una especie de transformación de los cinocéfalos y los cíclopes:

Entendió más, que decían que había naos grandes y mercaderías, y todo esto era al Sueste. Entendió también que lejos de allí había hombres de un ojo y otros con hocicos de perros que comían los hombres, y que tomando uno lo degollaron y le bebían la sangre y le cortaban su natura. (COLÓN,1982, p.89)

Esta identificación de los caníbales con los famosos –en el siglo xv–cinocéfalos se debía a un matiz en la interpretación de Colón del prefijo caniba⁴, que el creía vinculado al gran Khan, aunque, según él, los naturales le insistieran en que en realidad se referían a

4 Este matiz interpretaría el prefijo en su significado etimológico que refiere al animal perro. (LESTRINGANT, 1997, pp.17-18)

hombres con un ojo y cara de perro. De modo que en otro momento de su diario habría escrito:

Toda la gente que hasta oy a halla diz que tiene grandíssimo temor de los de Caniba o Canima, y dizen que que biven en esta isla de Bohío, la cual debe ser muy grande, según le pareçe, y cree que van a tomar a aquellos a sus tierras y casas, como sean muy cobardes y no saber de armas. (COLÓN,1982, p.89)

Así, cuando el Almirante pretendió dirigirse a la mencionada isla Bohio, los indios habrían reaccionado de la siguiente manera:

Los cuales diz que después que le vieron tomar la buelta d'esta tierra no podían hablar , temiendo que los avían de comer, y no les podía quitar el temor, y dezían que no tenían sino un ojo y la cara de perro; y creía el Almirante que mentían, y sentía el Almirante Almirante que devían de ser del señorío del Gran Can que los captibavan.(COLÓN,1982, p.89)

En un principio las noticias sobre la ubicación exacta de los caníbales eran vagas, no obstante, conforme fue pasando el tiempo y la colonización cristiana se fue haciendo más dura y pesada para los nativos, los administradores de la corona española y varios colonos informaron de la existencia de caníbales en casi todas las islas de la región. Acerca de esta reproducción tan rápida de los caníbales, desde una ubicación imprecisa hasta su presencia en casi todas las islas, podría pensarse en un mecanismo de diferenciación por parte de los exploradores para legitimar la guerra y la eliminación de los nativos que se rebelaron contra las pesadas cargas de trabajo

a las que estaban siendo sometidos por la gente de Colón. Debido a esto lo españoles se habrían empeñado en distinguir a los nativos en dos grupos, uno que definieron como indios, que caracterizaban como pacíficos, inocentes e inclinados naturalmente al cristianismo, y otro que le daban el nombre de caníbales y cuyas características distintivas eran tener más razón que aquellos, ser asesinos sanguinarios y, sobre todo, comedores de carne humana. Todo esto los hacía peligrosos para los exploradores europeos.

En pocos días esta amenaza se hizo realidad, y ocurrió a propósito de lo que podría definirse como el primer intento colombino de poblar en las islas. Como bien se sabe, después de explorar las islas contiguas a la de San Salvador, Colón localizó una en donde identificaría diversos elementos que le llamarían la atención, sobre todo porque se adecuaban a los de un pueblo de “mayor razón”. Esta isla llevaría después el nombre de la Española. En ella, Colón encontró lo que no había visto en ninguna otra, un pueblo regido por un señor, es decir, por un “rey”. Éste, cuyo nombre habría sido Guacanagarí, fue descrito por el Almirante con todas las características de los nobles europeos de la época, como un hombre virtuoso y de gran nobleza: “En su comer, con su honestidad y hermosa manera de limpieza, se mostrava bien ser de linaje.” (COLÓN,1982,p.100). A estas cualidades agregó otras que lo describían como un

ignorante de todo lo relacionado con la guerra y, por tanto, con sus instrumentos:

Después que acabaron de comer llevó a la playa al Almirante, y el Almirante envió por un arco turquesco y un manojo de flechas, y el Almirante hizo tirar a un hombre de su compañía que sabía d'ello; y el señor como no sepa qué sean armas, porque no las tiene ni usan, le pareció gran cosa. (COLÓN,1982, p.100).

Esta ingenuidad y pasividad respecto a los negocios de la guerra, habría llevado a Guacanagarí a pedir ayuda a Colón para que lo protegiera a él y a su pueblo “de los de Caniba, qu'ellos llaman caribes, que los vienen a tomar, y traen arcos y flechas sin hierro.” A lo que el Almirante le habría respondido: “El Almirante le dixo por señas que los Reyes de Castilla mandarían destruir a los caribes y que a todos se los mandarían traer las manos atadas.” (COLÓN,1982,p.100) Partiendo de esto, la representación de los naturales elaborada por el genovés era por completo positiva, pues los mostraba como “gente de muy franco corazón, que cuanto le piden dan con la mejor voluntad del mundo”, como “buenos para les mandar y les hazer trabajar y sembrar y hazer todo lo otro que fuere menester.” (COLÓN,1982, p.96). Pero esta imagen se trastocaría en el segundo viaje, una vez que el genovés volviera a aquel sitio y se enterara de que todos sus hombres habían muerto .

Según la versión de Guacanagarí – referida por el mismo Colón–, no había sido su

pueblo el culpable de la muerte de los treinta y nueve hombres del Almirante, sino un grupo rival que había sufrido previamente una serie de atrocidades por parte de los españoles y que había decidido tomar venganza. La primera idea de Colón para explicarse lo acontecido fue pensar que habían sido los caníbales, puesto que tanta brutalidad no podía provenir de los indios pacíficos e ingenuos que había descrito a penas diez meses atrás. Sin embargo, muy pronto él y su tripulación se enteraron de que todo había sido mentira, que los de Guacanagarí nunca habían sido atacados y que en realidad habían sido ellos los verdugos de los cristianos. A pesar de la controversia que esto originó entre la tripulación de Colón, ya que algunos clamaron por ajusticiar al cacique y a los nativos, éste decidió perdonarlos, pero no sin abandonar, a partir de entonces, la imagen prístina de docilidad y disposición que había recogido de aquellos. Como observó bien Felipe Fernández-Armesto, lo sucedido cambió la perspectiva del Almirante y ahora sentía “un autentico temor ante una posible alianza de los nativos contra él, tras contemplar la destrucción realizada en el fuerte Navidad.” (FERNÁNDEZ-ARMESTO,2004, p.155). El caso del fuerte de Navidad resulta ilustrativo de la “facilidad” con que los naturales podían pasar de criaturas pacíficas a bárbaros feroces. En otras palabras, la rapidez con que de indios podían pasar a caribes.

En un proceso de clara separación de la

del indio, la imagen del caníbal que los textos de la época referían se caracterizaba por sintetizar toda una serie de conductas negativas a ojos de los europeos. Porque no era sólo que devoraran a sus enemigos, era también la forma en que los capturaban y los preparaban para aquel abominable acto. Al respecto, se decía que una vez que atrapaban a sus víctimas seleccionaban a los hombres para cortarles los genitales y a las mujeres para procrear. A lo cual se le dio un doble significado. Por un lado, representaba un medio de hacer “menos hombres” a los enemigos, impidiéndoles la capacidad de reproducirse, por otro, una forma “antinatural” de alimentarse, pues utilizan a seres humanos como si fueran animales. Acerca del primer significado, Michael Cuneo decía:

En aquella isla capturamos doce mujeres muy hermosas y muy gordas, entre los quince y los dieciséis años, y dos mozos de igual edad que tenían amputado el miembro genital casi junto al mismo vientre; pensamos que esto lo habían hecho los caníbales a fin de que no se mezclasen con sus propias mujeres o quizás para engordarlo y comérselos más tarde, pues eran sus prisioneros.” (CUNEO, 1990, p.143)⁵

El segundo significado que se deducía de la castración, como se muestra en la cita, tenía que ver con asuntos culinarios. En el afán

de hacer comprensibles las inhumanidades caníbales –tanto para quien las describía como para quien las leería–, se trasladaba a éstos las mismas técnicas empleadas en Europa para conservar carne, lo cual puede verse en algunos grabados de la época y posteriores. En sus *Décadas*, Pedro Mártir de Anglería le dedicaba espacio a esta interpretación: “A los niños que capturan los castran, como hacemos nosotros con los pollos o los cerdos que criamos más gordos y tiernos para nuestro regalo, y así que están grandes y bien cebados se los comen.” (ANGLERÍA, 1964, p.107)⁶ A partir del modelo europeo, en donde los animales servían de alimento, el mensaje que se desprendía de estas líneas buscaba dar cuenta de las atrocidades en las que estaban fundadas las costumbres caníbales, siendo la principal trastocar el orden “real de las cosas”, pues sustituían un alimento “verdadero” –animales– por seres humanos como ellos. En este mismo sentido, resulta coherente que otra peculiaridad que se les atribuyera fuera la sodomía. No es que los caribes fueran los únicos que la practicaban, pues esta costumbre también fue adjudicada a los indios. Sin embargo, para Cuneo no resultó extraño pensar que esta depravación hubiera tenido su origen

5 La segunda vez menciona: “Estando uno de esos días al ancla, vimos salir de un cabo, una canoa, que es la barca en su idioma, haciendo fuerza de remos, como si fuera un bergantín bien armado; en ella había tres o cuatro caníbales, con dos mujeres y dos esclavos indios (que así llaman a sus vecinos) a quienes les habían amputado el miembro genital a raíz del vientre.” (CUNEO, 1990, p.143)

6 “...en cambio, cuando caen en sus manos individuos de edad madura les dan muerte y los descuartizan: los intestinos y las extremidades de los miembros los devoran frescos, y los miembros mismos los conservan en sal para otra ocasión, como nosotros los perriles de cerdo. Consideran ilícito y obsceno comerse a las mujeres; pero si cogen algunas jóvenes las cuidan y conservan para la procreación, no de otro modo.” (ANGLERÍA, 1964, p.107)

en los caribes. En este caso la lógica aplicada por italiano era que todo lo brutal y feroz sólo podía producir lo mismo, por lo que resultaría difícil esperar otro tipo de conducta de gente tan cruel y violenta:

Por lo que hemos visto en todas estas islas, tanto los indios como los caníbales son sodomitas, sin saber, pienso, si hacen bien o hacen mal. Hemos juzgado que este maldito vicio debe tener su origen en los caníbales, gente feroz que subyuga a los indios y se los come, y para colmo de desprecio, los somete a semejante afrenta, que luego se propaga entre ellos. (CUNEO, 1990, p.153)

Cristóbal Colón y otros autores de la época mencionaban que la misión de los cristianos era salvar a los inocentes y pacíficos indios de las crueldades e inhumanidades de los caníbales, quienes con sus conductas propagaban sus aberraciones. Como se refirió antes, en su primer encuentro con el genovés, Guacanagarí, el cacique de la Española le habría solicitado a éste que defendiera a su pueblo de los embates de los caribes. Ya vimos también cómo terminó la historia. No obstante, la misma imagen de Colón como enviado de los Reyes para protección de los indios fue retomada por Pedro Mártir de Anglería en sus *Décadas*. La escena era presentada cuando aquél creyó haber llegado a tierra firme y descubrió a un grupo de “indios” presidido por un anciano, a los que Colón habría anunciado que

...había sido enviado por el Rey y la Reina de España para pacificar todas aquellas regiones

del mundo, hasta entonces ignoradas, y someter por la fuerza a los caníbales y demás criminales, infligiéndoles los merecidos castigos; y para que, en cambio, brindase protección y honrase a los inocentes por sus virtudes.(ANGLERÍA, 1964, p.140)

La caracterización ambigua de los indios parece que no convino a los cristianos, o más bien era imposible pensar que actitudes tan disímiles pudieran converger en un mismo pueblo. Si bien se entendían la naturaleza y la moral de la persona como fenómenos en permanente cambio, los estados en los que desembocaban tenían nombres y características precisas. Para los cronistas y viajeros europeos de este periodo lo que estaba en juego era la forma en la que podían traducirse y fijarse las características “propias” de naciones de las que no se habían tenido noticia antes. Sin embargo, esto se volvió más urgente cuando Colón recurrió a la esclavitud como solución a un par de problemas que, a la larga, le significarían su caída frente al poder regio. Por un lado, las pocas pruebas tangibles de oro que había podido adquirir en sus dos primeros viajes y, por otro, la desobediencia de cierto sector de nativos ante los trabajos excesivos a los que eran sometidos por parte de los españoles.

La clasificación y, por ende, distinción de indios y caribes muestra que la colonización europea de las islas no fue un acontecimiento en donde la violencia se utilizó indiscriminadamente. Es decir, estuvo regulada por un sentido que, en este caso, se

concretó en las características básicas que identificaban a los pueblos y a sus integrantes. Años después de los viajes de Colón, y después de los resultados trágicos para los indios que trajeron las incursiones de conquistadores en las Antillas, se implementó un mecanismo que intentaba justificar la violencia en contra de ellos. Este consistía en la lectura de un documento conocido como “Requerimiento”, escrito por el jurista Juan de Palacios Rubio en donde se obligaba a los indios a aceptar el cristianismo y a los reyes de España como señores. Este procedimiento generó polémica en la época, sobre todo por los cuestionamientos vertidos al respecto por Bartolomé de las Casas. (CLEMENT, 1998) No obstante, ya fuera como pacíficos e ingenuos –indios– o como violentos y audaces –caribes–, ambas imágenes de los nativos legitimaron la incursión europea en las islas. Por último, valgan las palabras del capitán Thomé Cano aparecidas en un memorial que escribió alrededor de 1608 –más de cien años después de la travesía colombina– y que dirigió al rey para pedir licencia de emprender personalmente la empresa de castigo a los “yndios caribes” que iban asolando las islas contiguas a la Española,

matando y cautivando los españoles, mulatos y negros que allá sirviéndose de todos como esclavos y casándose a su modo con las mugeres españolas que captivan y matan muchos cautivos para comer quando les parece, en sus sacrificios y borracheras y los que conviene mucho al servicio de Vuestra

Majestad allanar y castigar aquellos Yndios. (CANO, 1970, p. 128)

El texto representa en sí mismo un salvoconducto que daba vía libre al mencionado capitán para llevar a cabo su empresa punitiva. Entre los diversos puntos estipulados en el documento aparecían los siguientes:

Que todos los yndios hombres y mugeres que se cautivaren sean cautivos ellos y sus descendientes y se puedan vender públicamente y navegarlos a todas las partes destos reynos y fuera dellos, así de España como de las Yndias y se pueden errar como tales esclavos caribes que comen carne humana”. Todo esto con la anuencia de que “pueda hazer la guerra a fuego y a sangre sin yncurrir por ello en pena alguna ni se le pueda hazer cargo en ninguna manera. (CANO, 1970, p. 128)

Reflexiones finales

En los dos casos presentados, la construcción de los enemigos se realizan a partir de una dosis importante del interés político o económico del denunciante. ¿Dónde estaban los terroristas antes de que George Bush los identificara como los culpables de los atentados a las Torres gemelas? Se sabe que durante la invasión de la URSS a Afganistán Bin Laden fue entrenado por la CIA para lavar dinero y poder comprar armas para combatir a los soviéticos. En ese momento, parecía no haber motivos para rechazar a un personaje descrito posteriormente como “la encarnación del Mal”. Con los caníbales pasa algo parecido.

Muchos de ellos podrían haber sido identificados como indios pacíficos e inocentes si no se hubieran rebelado contra los españoles. La maldad y la crueldad de tales personajes no eran atributos esenciales, sino producto de las caracterizaciones de las que fueron objeto por sus adversarios.

En este sentido, uno de los elementos que –a pesar de la distancia insalvable entre ambos acontecimientos– dieron mayor éxito a estas identificaciones para legitimar una represión fue que en ambos casos se trataba de personajes sin compasión, pues se ensañaban con una población indefensa y sin entrenamiento para la guerra. En el caso de los terroristas esa población eran los civiles neoyorkinos y en el de los caníbales los “indefensos” indios. Terroristas y caníbales salían, según la perspectiva de sus detractores, de las reglas de un sentido común que debía normar la vida de los pueblos, incluso a la hora de entrar en guerra. (AVRAMESCU, 2009, p.72-77). Y junto con esta figura emerge otra, la del protector y salvador. En los dos casos resulta evidente la contigüidad entre los denunciadores de la amenaza “maligna” y su reivindicación como salvadores ante ella. Bush se presentaba como el personaje que podía restituir la justicia y saldar la agresión en contra en los Estados Unidos mediante una guerra para combatir el terrorismo. El éxito de esta representación está expresado en los niveles de aprobación que alcanzó después de

los ataques del 11 de septiembre. Con Colón esto se expresó en la promesa de restituir también la justicia ante la tiranía y crueldad de los caníbales.

Alexander Spencer (SPENCER, 2012) define esta identificación para los terroristas como la metáfora del “Mal”, que sin problema alguno puede extenderse también para los caníbales. Entre los adjetivos enumerados que disponen esta identificación, Spencer menciona los de: “barbaros”, “salvajes”, “desalmados”, “inhumanos”, “subhumanos”, “monstruos”, que son vinculados, a su vez, con términos como “infierno”, “Armagedón” y “Apocalipsis”. A ellos les fueron opuestos otros que sintetizaban el “Bien”, la lucha por la “justicia”, “dios” y la “civilización”. La distinción esencial que expresa esta identificación conlleva una distancia insalvable, cuya única salida es la eliminación del “Mal”. (SPENCER, 2012, p.15) Una forma metafísica de ordenar el mundo y justificar la violencia y sus objetivos. Es el anacronismo que nos permite trazar a partir de este ordenamiento una línea entre dos casos que, desde una perspectiva tradicional de la historia, no podrían ser comparados. Marc Bloch escribió que el modelo más provechoso de la historia comparada era la confrontación de dos casos cercanos en tiempo y en espacio, pues permitiría reconocer mejor influencias, similitudes y diferencias. (BLOCH 1928) No obstante, esa línea permite cuestionar la lógica

de las continuidades cronológicas y las uniformidades temporales, tan caras a la historiográfica levantada sobre la eucronía. Desde otra perspectiva, Georges Didi-Huberman –apoyándose en Walter Benjamin y Michel Foucault– apela a las posibilidades cognitivas de la discontinuidad, el entrecruce de temporalidades, los olvidos y las sobrevivencias. Llama a un tipo de historia que se acerca más a una memoria que no reconoce un ordenamiento “puro” del pasado. Al respecto, es oportuna su invocación de las palabras de Foucault: “Saber, incluso en el orden histórico, no significa ‘recobrar’, ni mucho menos ‘recobrarnos’. La historia será ‘efectiva’ en la medida en que introduzca lo discontinuo en nuestro propio ser (...) El saber no está hecho para comprender, sino para cortar”. (Citado en DIDI-HUBERMAN, 2011, p.47)

Finalmente, además de llamar la atención sobre estas discontinuidades, sobrevivencias y retornos históricos, el objetivo de conjuntar aquí dos casos distintos, provenientes de tiempos y espacios tan disímiles, ha sido llamar la atención sobre los medios discursivos por los que aquellos que gozan de la legitimidad y del poder político pueden establecer diferencias y crear personajes cuya supresión o eliminación está justificada porque los rasgos con los que los definen pertenecen a un ideal metafísico y moral que valida dicha supresión. Sólo

apoyándose en esta seguridad, que es al mismo tiempo ideológica y, muchas veces, también material, se puede apelar al favor de Dios.

Referências

ANGLERÍA, Pedro Mártir de. *Décadas del Nuevo Mundo*, T.1. Ciudad de México: José Porrúa e hijos. 1964.

ÁVILA, Ana María. *El discurso de terrorismo del presidente George Bush después del 11 de septiembre ¿política moral? o ¿teología más allá de la política*. Ciudad de México: Flacso-México. 2006.

AVRAMESCU, Catalin. *An Intellectual History of Cannibalism*. New Jersey: Princeton University Press, 2009.

BELLAMY, Alex J. *Guerras justas: De Cicerón a Iraq*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2009.

BLOCH, Marc. Pour une histoire comparée des sociétés européennes. *Revue de Synthèse Historique*, 6, 1928, p.15-50.

BOURDIEU, Pierre. ¿Cómo se hace una clase social? Sobre la existencia teórica y práctica de los grupos en *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 2001.

BOURDIEU, Pierre. El lenguaje autorizado: las condiciones sociales de la eficacia del discurso ritual en *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. Madrid: Akal, 2008.

BUSH, George W. *Freedom itself was attacked this morning by a faceless coward. And freedom will be defended.*, 2001a Disponible en http://albertmedran.com/bloc_cast/2011/09/11/los-discursos-de-george-w-bush-tras-el-11s/ Acceso en: 3 nov. 2017.

BUSH, George W. *America has stood down enemies before, and we will do so this time.*”, 2001b. Disponible en: <http://albertmedran.com/bloc_cast/2011/09/11/los-discursos-de-george-w-bush-tras-el-11s/> Acceso en: 3 nov. 2017.

BUSH, George W. *Discurso en el Capitolio Washington, 21 de septiembre de 2001*, 2001c. Disponible en: <<http://www.filosofia.org/his/20010921.htm>> , Acceso en: 3 nov. 2017.

BUZAN, Barry. The implications of September 11 for the study of international relations. *Contexto Internacional*, 2002, vol. 24, no 2, p. 233-265.

CANO, Thomé. Memorial del Capitán Thomé Cano, 29 de agosto de 1608 en CASTAÑEDA, Paulino. La política española con los caribes durante el siglo xvi, *Revista de Indias*, 119-122, 1970.

CLÉMENT, Jean-Pierre. De las ofensas contra los indios. La injusticia de la guerra y otras violencias, según el Padre Las Casas en *Las teorías de la guerra justa en el siglo XVI y sus expresiones contemporáneas* [en línea]. México: Centro de estudios mexicanos y centroamericanos, 1998, <<http://books.openedition.org/cemca/576>>, Acceso en: 20 mar. 2018

COLÓN, Cristóbal. *Textos y documentos completos*. Consuelo Varela (Comp.). Madrid: Alianza Editorial, 1982

CUNEO, Michel da, , Carta en MORALES, Francisco (Edit.) *Primeras cartas sobre América (1493-1503)*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 1990.

DIDI-HUBERMAN, Georges. *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo. 2011.

KAHN, Joseph. *A day or terror: The Background; A Trend Toward Attacks That Emphasize Deaths*. 2001. Disponible en: <<http://www.nytimes.com/2001/09/12/us/a-day-of-terror-the-background-a-trend-toward-attacks-that-emphasize-deaths.html>> Acceso en: 3 nov. 2017.

FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe. *Cristóbal Colón*. Madrid: Ediciones Folio. 2004

GREENBER, Ivan. The FBI and the Making of the Terrorist Threat, *Radical History Review*, No.111 (Fall, 2011), pp.35-50.

JACKSON, Richard. Culture, identity and hegemony: Continuity and (the lack of) change in US counterterrorism policy from Bush to Obama. *International Politics*, 2011, vol. 48, no 2-3, p. 390-411.

LESTRINGANT, Frank. *Cannibals. The Discovery and Representation of the Cannibal from Columbus to Jules Verne*. Berkeley: University of California Press, 1997.

LYNCH, Marc. Al-Qaeda's constructivist turn. *Praeger Security International*, 2006, vol. 5, p. 2006.

MENDIOLA, Alfonso. *Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad historiográfica*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1995.

MENDIOLA, Alfonso. *Retórica, comunicación y realidad: la construcción retórica de las batallas en las crónicas de la conquista*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 2003.

O'BRIEN, Jim. The Contested Meanig of 9/11. *Radical History Review*, No.111 (Fall, 2011), pp.5-27.

EL PAÍS, “Bush califica los ataques de 'actos de guerra' de 'un nuevo enemigo’”, Artículo en línea disponible en

http://internacional.elpais.com/internacional/2001/09/12/actualidad/1000245607_850215.html, 12 de septiembre de 2011.

RABASA, José. *De la invención de América. La historiografía española y la formación del eurocentrismo*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana-Ediciones Fractal, 2009.

SAMMON, Bill. *Right decision*. 2002. Disponible en: <http://www.washingtontimes.com/news/2002/oct/8/20021008-092019-5665r/>> Acceso en: 3 nov. 2017.

SAUER, Carl O. *Descubrimiento y dominación española del Caribe*. Ciudad de

México: Fondo de Cultura Económica, 1984.

SPENCER, Alexander. The social construction of terrorism: media, metaphors and policy implications. *Journal of International Relations and Development*, 2012, vol. 15, no 3, p. 393-419.

STUMP, Jacob L. The artful side of the terrorism discourse: A response to Hülse & Spencer. *Security dialogue*, 2009, vol. 40, no 6, p. 661-665.

WENDT, Alexander. Anarchy is what states make of it: the social construction of power politics. *International organization*, 1992, vol. 46, no 2, p. 391-425.